www.sumadeletras.com

Capítulo 1

Quimeta y Agustina Zaragoza cerraron con llave la puerta de su casa y salieron a la calle, divertidas y bromeando como en otras ocasiones, por la coincidencia de vivir en Zaragoza y apellidarse del mismo modo. Las dos habían nacido en Barcelona. La primera, llevaba casi dos años en la ciudad, casada con un cabo primero perteneciente al Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería y la segunda, estaba recién llegada y había venido siguiendo a su marido, cabo también, aunque segundo, de aquel mismo regimiento. Y, como ambas tenían a sus cónyuges ausentes por imperativos del servicio, disponían de más tiempo libre y, casi a diario, se encaminaban a la plaza del Mercado; esta vez a comprar una mata de borraja para añadirla a la olla que habían dejado hirviendo. Por eso, tras recorrer el camino del Portillo, hicieron su entrada por la calle del Azoque.

Matilda López y Marica, su pupila, que eran prostitutas en el Rabal, dejaron su carreta en la subida de la Tripería y accedieron al lugar por aquella parte, haciéndose notar, sonriendo a los piropos y procacidades masculinas, y haciendo como que no veían cuando las buenas mujeres las miraban mal y se apartaban a su paso o, cuando las que no eran bue-

nas, escupían al suelo o les propinaban codazos o las llamaban putas, sin un atisbo de caridad en sus palabras o gestos.

Casta Álvarez, tras hacer sus mandados en las Fecetas, que eran monjas de clausura, anduvo toda la calle de Predicadores con cara de pascuas, pues la abadesa había estado espléndida y le había dado el doble de jornal. Fue saludando a los vecinos y, como era persona popular en el barrio, fue correspondida por hombres y mujeres, vendedores y compradores, mientras estuvo recorriendo los tenderetes en busca del mejor precio para el mejor tocino y dos morcillas de arroz con piñones con que aderezar el puchero.

Manuela Sancho había caminado más trecho. Venía de la puerta Quemada, situada en el otro extremo de la ciudad, en el camino del Bajo Aragón, y no venía sin aliento, no, porque era moza. Venía acalorada, sí por el sol de plomo y el bochorno inmisericorde, todavía impropio de la estación, que castigaba a la ciudad presagiando grande tormenta. Y porque, ay, acababa de cruzar mirada con Francho que bebía los vientos por ella. Y ella, que también bebía los vientos por él, recorría tanto camino para verlo y para hacerse ver; pues que a menudo el joven se tomaba un respiro en su trabajo de zapatero y la esperaba en la calle de San Pedro, apoyado en el muro o en el alféizar de la puerta de su casa y, al verla, la miraba embobado y alguna vez hasta iba tras ella susurrándole requiebros. Aunque hoy no, que debía tener labor atrasada.

María Agustín desembocó en la plaza del Mercado por la calle de San Pablo, dispuesta a continuar hacia el Santo Templo del Pilar. Se detuvo en el cruce y escuchó cómo un hombre leía en voz alta los pasquines que llenaban las esquinas de las casas echando pestes de los franceses, de Bonaparte, del rey Carlos IV y de la reina María Luisa, de Fernando VII, de Godoy, de Guillelmi, el capitán general de

Aragón, y que loaban la gesta de los madrileños del día 2 de mayo próximo pasado, tan cercano aún. Se hubiera parado más tiempo a contemplar los dibujos de los carteles, que rememoraban con extremada verosimilitud la heroica sublevación del pueblo madrileño, pues alguien los había manchado de sangre, de gallina quizá, pero llevaba prisa. Se había propuesto saldar aquella misma mañana la deuda que tenía con la Señora, pues que le había pedido gracia —la que fuere— y, como se la había concedido, debía llevarle lo ofrecido: una vela de esperma de ballena de una libra de peso.

María Lostal hizo el mismo camino que las dos catalanas, pero llegó un poquico más tarde. Dejó la vinatería que atendía con su marido cerca de la puerta del Portillo y, como hacía una vez por semana, salió a visitar a su hermana, que vivía en el Rabal y estaba enferma, enferma decía a cualquiera que le preguntara, pero, en realidad, estaba loca. E iba acelerando el paso para atravesar la puerta de Toledo y acceder al puente del Ebro por la del Ángel, pero se encontró con una tentación ante sus ojos y no supo resistirse. Se detuvo en el puesto de refrescos de la tía Paca, y pidió bebida.

Otro tanto que Agustina, Quimeta, las dos meretrices, la señora Casta, Manuela y la otra María, pues que andaban por allí y decidieron regalarse. Y fue que, como si se hubieran puesto de acuerdo, se juntaron las ocho bajo el toldillo y todas pidieron un vaso de zarzaparrilla, lo único que le quedaba a la tía Paca, la que despachaba. Y, estando allí, casi apretadas unas contra otras por el mucho gentío habiente, cruzaron las miradas, pero, como no podía ser de otra manera, las que eran honradas miraron mal a las placeras y se apartaron un poco de ellas.

Y eso, que quedaron dos mujeres a un lado del tenderete y seis al otro. Y éstas, pese a que no se conocían entre ellas, platicaron de la intempestiva calor del día y hasta se

prestaron entre ellas el abanico y, de haber estado más tiempo juntas, hasta hubieran bebido del mismo vaso quizá, pero fue que Casta Álvarez levantó la cabeza y se apercibió de que la señora condesa de Bureta las estaba observando desde el balcón de su casa, situado por encima de ellas. Y claro, la dueña levantó la cabeza, se quedó mirándola y todas la imitaron y contemplaron a doña Consolación Azlor. Era viuda, aunque pronto iba a dejar de serlo pues, según era hablilla de la ciudad, que se había comprometido con el barón de Valdeolivos y ambos estaban esperando la licencia de don Fernando VII para contraer matrimonio. Cuando era hecho cierto que la familia real estaba presa del emperador Napoleón Bonaparte, en Bayona de la Francia y, de consecuente, no había rey en España. Y enseguida se hicieron eco de que el matrimonio de la condesa no podía comenzar de peor modo, en razón de que corrían malos tiempos para las uniones entre títulos, pues no había a quién acudir para solicitar el oportuno permiso, al parecer. Y abundaron en que algún inconveniente habían de tener los nobles, y luego elogiaron la elegancia de la dama, sosteniendo al unísono que más que viuda de mediana edad, parecía moza casadera. Además, constataron que, pese a los inconvenientes nombrados, se había quitado el luto y se había mandando coser varios trajes a la última moda, a la llamada moda «imperio». No había más que verle el precioso vestido de talle alto que llevaba, de muselina, de aquella tela tenue, tenue, que habían puesto de moda las grandes damas de París y que ninguna de ellas podría nunca comprar. O quién sabe si la señora María, la vinatera, podría hacerlo algún día pues no era mal negocio una tienda de vinos, o quién sabe si las jóvenes solteras, Manuela y María Agustín, si picaban alto, pues eran muy hermosas; tal aseveraban las que estaban casadas, las que no tendrían más de lo que tenían, salvo que les tocara algún día,

algún bendito día, la lotería de Navidad, porque sus hijos comían mucho y sus maridos les daban lo justo para comprar la comida a diario y, si economizaban, para beberse un granizado una vez a la semana, en verano, o una taza de chocolate el resto del año.

Tal, o parecido, sostenían unas y otras, y las jóvenes enrojecían cuando las mayores se referían a ellas, mientras todas saboreaban el refresco a pequeños sorbos para que les durase más. Pero, se presentó un carro que venía por la calle de la Torre Nueva y les acaparó la atención pues de él bajó una monja que, tras echar una furiosa mirada a Matilda López, en razón de que más de una vez la meretriz se había presentado en el hospital para que los médicos le curaran las purgaciones, llamó a la aldaba del palacio de la condesa. La señora Casta, que también hacía mandados para la religiosa, alternando con las Fecetas y los domingos fiesta, indicó a las barcelonesas que se trataba de la madre Rafols, la superiora de las monjas que atendían el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que, posiblemente, iba a pedir donativo a la condesa pues la dama era amiga de hacer caridades.

Y en ésas estaban las diez mujeres. Ocho en la calle bebiendo refresco en la plaza del Mercado y dos, la monja y la condesa, en el balcón de esta última, cuando, recibido en Zaragoza el correo de Madrid, se constató que los infantes Carlos y Antonio Pascual, éste nombrado por Fernando VII presidente de la Junta Suprema, habían salido para Bayona donde ya estaban los señores reyes, prisioneros del demonio Napoleón, y que, la presidencia de la dicha Junta la ocupaba ya el mariscal Murat, lugarteniente del emperador.

Ante semejantes hechos, las autoridades municipales ordenaron que se diera pregón de los sucesos por toda la ciudad, con tambor y trompeta. De tal manera que, obedeciendo, varios pregoneros se situaron en los cuatro extremos

en la plaza del Mercado y leyeron el bando en el que se daba a conocer lo anterior y se ordenaba que «todo español que tal oyere acudiese al castillo de la Aljafería a tomar las armas so pena de la vida». Y claro, ante semejantes desatinos, ante semejante orden, al inmenso gentío que, por una razón o por otra o sin razón alguna, llenaba el mercado a mediodía, por el pronto, se le heló la sonrisa pese a la mucha calor que hacía.

Con lo que decían los pasquines y con lo que se había oído en los corrillos, no fue menester que ni hombre ni mujer escuchara hasta el final el bando que leían los pregoneros, para conocer qué, rediez, sucedía, pues que lo sabían todos los habitantes de la ciudad e incluso lo estaban esperando. Sabían que los franceses, ay, Señor Jesús, ay, Virgen del Pilar, dominaban en España y que pronto llegarían a Zaragoza, por eso a nadie extrañó que hubiera llegado el momento de coger las armas.

Y sí, sí.

Como a cada hijo de vecino, a las diez mujeres que van a ocupar esta historia se les heló la sonrisa y se quedaron con la palabra en la boca —en virtud de que, en la mayoría de ocasiones, lo esperado nunca deja de sorprender— y, con expresión amarga, se dispusieron a regresar a sus hogares. Las dos del balcón entraron en la casa, apresuradas. De las ocho, que bebían zarzaparrilla, las prostitutas devolvieron sus cuencos, las primeras, pagaron y salieron a la carrera en busca de su carreta. Las demás se detuvieron un tantico, apurando su vaso, por eso, enseguida se encontraron metidas en el jaleo que se organizó y que les dificultó retornar hacia sus domicilios; pues buen número de hombres empezó a dejar la plaza como si de una desbandada general se tratare, obedeciendo la orden escuchada y se dirigió al castillo con los ánimos cada vez más encrespados.

En las tabernas de los soportales de la plaza, más de un hombre se atragantó con el aguardiente y más de dos maldijeron al tener que dejar a medias una partida de guiñote, pero se levantaron de la silla y se sumaron a la multitud.

Los vendedores, que gritaban su mercancía, dejaron de hacerlo, y hortelanos, pescaderos, polleros, carniceros y los que vendían menuceles y, por supuesto, los que iban o venían o platicaban, se quedaron helados. Y a las costureras y bordadoras, por mentar dos oficios que pudieren tener las mujeres que vivieren por allí, posiblemente se les cayeron los alfileres de la boca o se pincharon con la aguja. También, los que estaban discutiendo dejaron de porfiar, y los niños, en los soportales, dejaron de jugar al taco y las niñas a las tabas, tan escandalosos que son. Y buena parte de los que venían al mercado con sus cestos, dieron media vuelta, otra vez hacia sus casas.

Los vendedores recogieron sus tenderetes aprisa, aprisa, no les fueran a afanar sus géneros en aquella algarabía, demostrando mucho tino pues, a más de ladronzuelos y descuideros, siempre había perros por allí. Canes hambrientos que, con el jaleo, amén de ladrar, en cualquier momento de confusión espabilaban y se llevaban lo que podían, como hizo uno de ellos que le arrebató, del cesto, una maza de pernil a una mujer, y huyó lejos con su inesperada presa.

Y, a poco, todos corrían, voceando:

—¡A las armas!

O:

—¡Mueran los franceses!

O:

—¡Viva España y la religión!

O:

—¡Muerte a los tiranos!

O:

—¡Viva el rey Fernando VII!

Aprovechando las apreturas y el vocerío, un raterillo pretendió afanarle la faltriquera a la señora Casta, pero ésta, en viéndolo, le propinó un bofetón que le dejó los cinco dedos marcados en la cara; y Manuela, que también anduvo al quite, una colleja bien dada, por eso el rapaz echó a correr más deprisa que el perro del pernil.

Y ya, se despidieron las seis mujeres de las ocho que se habían regalado un vaso de zarzaparrilla en el puestecillo de la señora Paca, con un ademán de cabeza. Y fue que, al hacer el gesto, levantaron la mirada y volvieron a contemplar a la monja y a la condesa que, a la vista estaba y pese a las malas noticias de los franceses, no podía reprimir su alegría, pues que sonreía, ya fuera por su próxima boda, ya por la presencia de la religiosa o por su natural bondad, y fue que les saludo con la mano y la madre Rafols hizo otro tanto con todas, aunque personalmente sólo conocía a Casta.

Lo que no llegaron a imaginar las ocho mujeres de la plaza y las dos del balcón —que habían estado respirando el mismo aire en aquel maldito día, 24 de mayo de 1808— es que las diez, pasados muchos años, estarían llamadas a tener protagonismo en esta novela, y algunas en la guerra que avecinaba la presencia de los ejércitos franceses en España y la actitud de los aragoneses. Cierto que unas más, otras menos y otras ninguno, pues que varias de ellas se limitaron a sufrir las amarguras cotidianas pero sin participar activamente. Y fue que, como siquiera tenían consciencia de que habían estado juntas, no pudieron preguntarse, al decirse adiós, si volverían a estarlo, ni decirse, pasado el tiempo, que no se habían vuelto a reunir, pues que en los meses que habrían de durar los dos Sitios que hubo de sufrir la ciudad de Zaragoza ni en el espacio de tiempo entre ambos asedios volve-

rían a hacerlo, ni después tampoco, por esas cosas que la vida tiene.

***

Para cuando el bullicio urbano de la plaza del Mercado quedó ahogado entre el miedo, la ira y la incertidumbre, ya se habían enterado del bando los que vivían cerca y los que vivían lejos, en el Rabal. Ya Pedro Marín, el campanero de la Torre Nueva, había asonado a rebato las campanas y vigilaba desde lo alto con su catalejo y su vista de águila, el Señor se la conserve pues que falta haría, la llanada existente en torno a Zaragoza por si observara algún movimiento de tropas amigas o enemigas.

A la hora de comer, en el castillo de Aljafería, situado extramuros, había gente pidiendo armas y comida y voceando contra el que mandare allí, el general o el comandante que fuere, que no les quería dar ni lo uno ni lo otro. Pero hubieron de retirarse, pues que allí no daban nada y el estómago apremiaba. Por eso, durante unas horas, por la ciudad no transitaron ni almas en pena, dado que estaban todos los habitantes manducando en sus casas, al parecer. Pero fue que, luego todo cambió y nadie se metió en la cama a dormir la siesta, pues que las gentes salieron de sus casas y formaron corrillos o se reunieron en los salones o en las tiendas o sacaron unas sillas a la calle e hicieron repaso de la situación.

***

A ver, en la rebotica de Juan Perales, en la calle de San Gil, se adelantó la hora de la tertulia y varios asiduos se reunieron. Descontentos del viso que estaban tomando los acon-